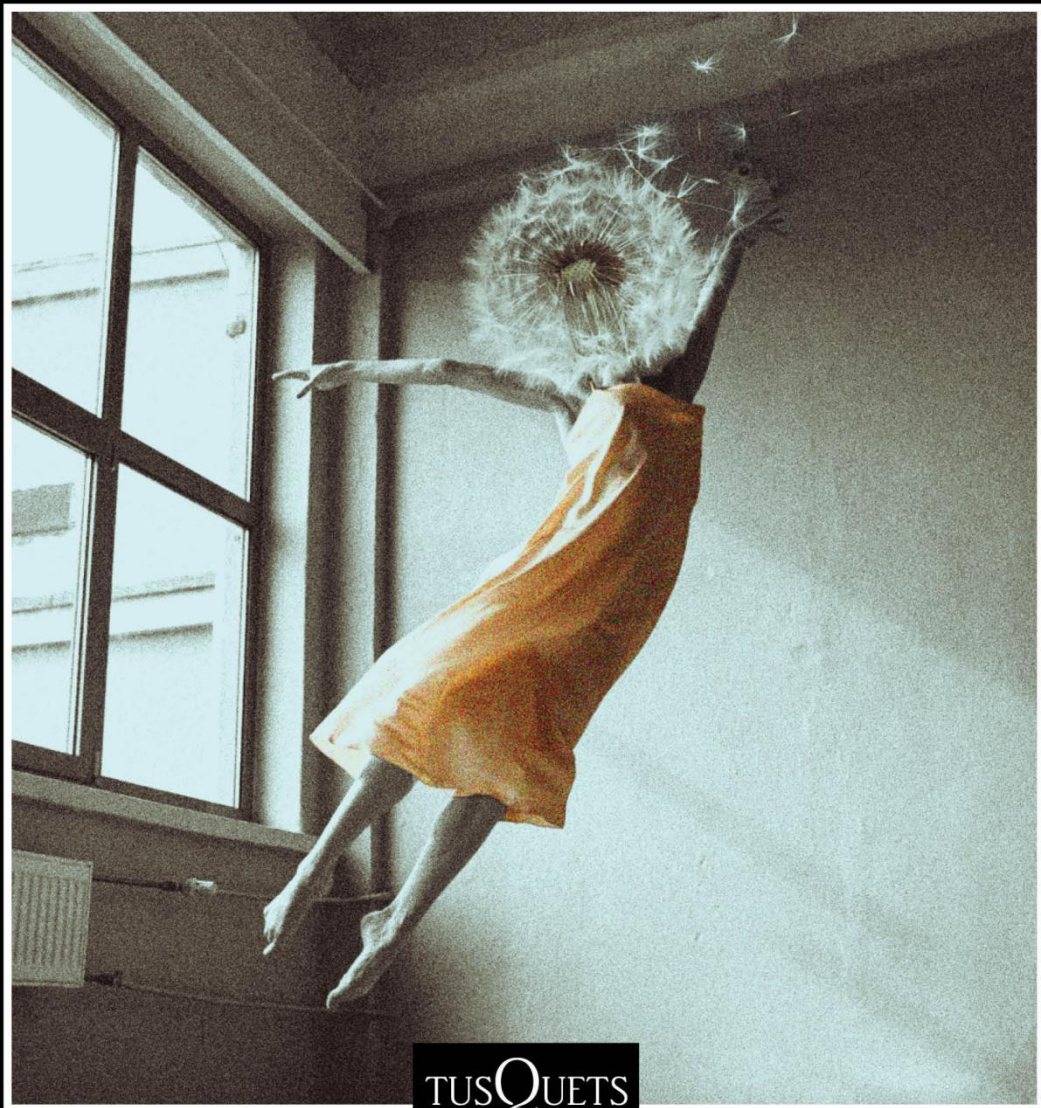


Karla Suárez

# OBJETOS PERDIDOS

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

## OBJETOS PERDIDOS

KARLA SUÁREZ  
OBJETOS PERDIDOS

TUSQUETS  
EDITORES

© Karla Suárez, 2024  
Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

Diseño de colección: Guillemot-Navares  
Fotoarte de portada: Planeta Arte & Diseño / I. Jacqueline Cruz Méndez  
Con imágenes de: © iStock  
Fotografía del autor: © Isabel Wagemann

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: octubre de 2024  
ISBN: 978-607-39-2101-5

Primera edición impresa en México: octubre de 2024  
ISBN: 978-607-39-1937-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso en México – *Printed and made in Mexico*

A Antonio Sarabia

Si pudiera decirte lo que se siente, no valdría la pena bailar.

ISADORA DUNCAN

Tienes que amar el baile para mantenerlo. No te devuelve nada, ni manuscritos para guardar, ni pinturas para mostrar en las paredes y tal vez colgar en museos, no hay poemas que imprimir y vender, nada más que ese momento fugaz en el que te sientes vivo.

MERCE CUNNINGHAM

## Miércoles

Ya era de noche cuando llegamos a Barcelona. Durante el viaje no hablamos. Yo encendí la radio al salir de Llançà. Javi condujo en silencio. Me gusta la radio porque cuando ponen canciones que conozco puedo tararearlas y algunas me traen recuerdos. A veces se trata de músicas con las que bailé y ahí mi cuerpo empieza a despertarse. Hace tiempo aprendí que los cuerpos tienen memoria. Entonces a mis pies vuelven los movimientos. A veces, incluso, hasta me pongo a dar unos pasillos y es como si regresara a los lugares donde ya estuve. Cuando no conozco las canciones entonces me invento cosas, nuevas coreografías. Miro hacia un sitio cualquiera y es mi cabeza la que sale volando, como los pajaritos de mi pecho.

Tengo tatuados tres pajaritos que salen de en medio de mis tetas. Me gustan. A Javi también le gustaban, pero él ya no quería hablar conmigo. Pasé todo el viaje mirando por la ventanilla, canturreando y jugando

a encontrar formas de animales en las pocas nubes que se veían.

Nuestro primer plan había sido pasar cuatro días en Barcelona, al salir de la Costa Brava y antes de regresar a Madrid. Él iba a reunirse con un cliente. Y yo con Raviel, que es mi mejor amigo y a quien no veía desde que se fue de Cuba, hacía como siete años. Yo ya llevaba más de dos en Madrid, y da la casualidad de que la única vez que había estado en Barcelona, también con Javi, Raviel andaba fuera de vacaciones. Por eso estaba tan emocionada con esa segunda visita: al fin íbamos a vernos.

Pero qué va, después de lo que le había contado a Javi la noche anterior y de la gran bronca que tuvimos, el plan de Barcelona se fue abajo. Él estaba súper molesto. Canceló la cita con su cliente y yo tuve que cancelar el encuentro con mi amigo. Primero Javi pensó hacer Llançà-Madrid de una tirada, pero terminamos saliendo más tarde de lo previsto y, total, que estaba muy cansado y yo no manejo. Por eso decidimos entrar en Barcelona, pero sólo para dormir y retomar la ruta al día siguiente bien temprano.

Mientras recorríamos las calles rumbo al apartamento que Javi había alquilado para esa noche, seguí mirando para afuera. En la radio sonaba un grupo español con unos cuervos que volvían al nido y una maldita mañana asesina. La verdad, verdad, la canción me gustó mucho. Pero repetía insistentemente *tú y yo*, y como yo no quería pensar en nosotros y no me sabía



la letra, me quedé con lo de los cuervos. Los vi sobrevolando la acera, como si fueran dibujos animados, y ahí entonces sentí que mis pajaritos se levantaban de mi pecho, que estiraban mi piel y me iban arrastrando. Juntos atravesamos la ventanilla. Los pajaritos tras los cuervos y yo detrás de todos. ¿Quién sabe dónde tendríamos el nido? Yo danzaba siguiendo la melodía, sin tocar la acera con mis pies. *Que nada después nos separe*, decía la canción, mientras cuervos y pajaritos daban vueltas y vueltas alrededor de mi cuerpo. *Aquelarre*.

En una de esas el carro paró en un semáforo. A mi lado se detuvo un tipo en una moto e hizo una seña mientras me hablaba. *Tus ojos, los míos*, dijeron en la canción. Yo aparté los míos de la acera y bajé la ventanilla. *Tú y yo*, repitió el cantante, y Javi apagó la radio. El de la moto dijo que teníamos ponchada la rueda de atrás. Le di las gracias, mientras Javi soltaba que no se lo podía creer. El otro hizo un gesto como de pena y, en cuanto se puso la luz verde, arrancó.

Atravesamos el cruce de calles. Aunque fue breve el recorrido, Javi tuvo tiempo de maldecir varias veces y todavía un poco más porque la esquina estaba ocupada por un carro con los intermitentes encendidos y el maletero abierto, donde una pareja intentaba acomodar un televisor de esos antiguos, de caja grande. Al vernos, la mujer se incorporó gritando que no demoraban, pero teníamos que salir del medio. Javi dio un corte y, a pesar de quedar en dirección contraria, ahí mismo frenó.

Bajamos. Efectivamente, una de las gomas traseras estaba en el piso. Javi le dio una patada antes de llevarse las manos a la cabeza y preguntarle al cielo por qué tenía que pasarle aquello. Yo lo toqué en el hombro. Me miró. Le pedí que se calmara y él movió la cabeza, pero sin decir ni una frase.

Cuando los otros terminaron de acomodar el televisor, se acercaron preguntando si necesitábamos ayuda. Él se agachó junto a Javi para revisar la goma. Ella sacó su móvil y me propuso que buscáramos una estación de servicio. Tiene que haber alguna cerca, dijo. Pero ahí Javi se incorporó informando que no hacía falta. El carro era alquilado, no tenía goma de repuesto. Estábamos obligados a llamar a la asistencia de la compañía y rogarle a Dios que no demoraran mucho. Agradeció a la pareja y ellos nos desearon buena suerte.

Recuerdo bien que mientras veía su carro alejarse pensé en lo mucho que un gesto amable puede cambiar las cosas. Una sonrisa, una mano en el hombro y todo deja de ser complicado.

Una vez que los otros doblaron en la esquina, miré a Javi. Estaba rebuscando en sus bolsillos preguntándose dónde había puesto el papel con el dichoso número de la asistencia. Se me ocurrió que podría haberlo dejado en el carro y, entonces, sin decirle nada, regresé y abrí mi puerta. Eso lo recuerdo bien: que abrí mi puerta. Después de sentarme, me puse a buscar y, cuando miré al piso, no vi mi bolso. Durante

el viaje lo llevaba junto a mis pies y en el piso se había quedado cuando me bajé.

El bolso en sí no era nada del otro mundo, pero en él llevaba casi toda mi vida. Salí angustiadísima y encontré a Javi todavía buscándose en los bolsillos.

—No está mi bolso —le dije, pero él andaba muy ocupado en su búsqueda—. Que me han robado el bolso —repetí.

—¿Qué bolso?

—El mío.

—¿Cómo te van a robar el bolso? —replicó antes de pedirme que lo ayudara, por favor, a buscar el papelito.

Eso me dio tremenda rabia. Entonces volví a repetir que mi bolso ya no estaba, que algún hijoeputa había aprovechado la situación para robárselo. Javi abrió los ojos y fue hasta el carro. Lo seguí. Él miró delante y detrás, dijo que cómo podía ser, que qué mala suerte, que seguro yo había dejado la puerta abierta.

—Estaba cerrada —casi grité.

Javi cerró la suya de un tirón, le dio la vuelta al carro y se me acercó murmurando que todo era un desastre.

—Voy a llamar a información para que me den el número de la asistencia y podamos salir de aquí —concluyó antes de sacar su móvil.

Sin dejar de mirarlo, di unos pasos hacia atrás.

—Me importa una mierda ese número, ¿no entiendes que me han robado el bolso?

Sé que a Javi no le gustó el tono que usé en aquella frase, porque levantó la vista y me miró mal. Pero ya me había mirado parecido la noche anterior. Y yo también estaba molesta.

—Pues a mí me importa una mierda tu bolso —respondió.

Sentí una punzada en el pecho, casi justo debajo de mis pajaritos. Javi seguía mirándome, sólo que, entonces, yo ya no tuve muchas ganas de seguir hablando.

—El ladrón no puede estar muy lejos —fue lo único que conseguí decir antes de dar media vuelta y echar a correr.

Atrás, escuché que Javi gritaba mi nombre, pero no me detuve. Qué va. Seguí corriendo. Doblé la esquina. Su voz se fue haciendo lejana, mi nombre pequeñito. Yo continué corriendo y mirando para todas partes a ver si encontraba a quien se había llevado mi bolso para entonces gritar, empujar y arrancar de las otras manos lo que era mío. Tenía esa esperanza, un poco absurda quizá, pero esperanza al fin. Por eso seguí corriendo.

Vista en la distancia, me doy cuenta de que inconscientemente estaba reproduciendo una antigua experiencia.

Hace años, en Cuba, me fui de vacaciones con unos amigos al Escambray. Llevábamos mochilas. La

primera noche antes de subir a las montañas tuvimos que dormir en un pueblo, pero como no teníamos dónde hacerlo nos quedamos en el parque. De repente, no sé por qué, abrí los ojos y descubrí que mi mochila no estaba a mis pies. Zarandé al que dormía a mi lado para despertarlo y cuando le dije lo que sucedía, él salió corriendo. Como un loco. Yo fui tras él. Lo seguí por la calle medio oscura, hasta que vimos a lo lejos mi mochila en la espalda de un cuerpo que iba dando tumbos. Mi amigo se acercó, agarró la mochila y de un tirón se la arrancó al hombre. Era un borracho. Casi se cae, pero consiguió mantener el equilibrio mientras nos decía con la lengua enredada: me la encontré. Ahí lo dejamos para que siguiera su camino.

Mi amigo de aquella historia era Raviel. El mismo que luego se había ido a vivir a Barcelona. El que yo quería haber visto en mi viaje, pero a quien no iba a poder ver. Raviel, que a esas horas estaría haciendo quién sabe qué mientras, en la misma ciudad, yo corría, cruzaba calles, doblaba esquinas, siempre mirando a todos lados para tratar de encontrar al ladrón que se había llevado mi bolso.

En un momento vi a un hombre saliendo de un edificio. Decidí parar. Me faltaba el aire. Miré a mi alrededor. En mi carrera me había cruzado con varias personas, parejas, gente con perros, un jovencito que hablaba a gritos por el móvil. Ninguno tenía mi bolso, por supuesto. Pensé que a esas alturas lo mejor era ir

a la Policía y aquel hombre era mi única esperanza para poder orientarme, porque yo no conocía Barcelona. La otra vez con Javi había sido un viaje súper cortico, una escapada, como le llamó él.

Me acerqué al hombre y le pregunté dónde había una comisaría. Él también fue amable, igual que la pareja del carro. La gente ahí parecía muy servicial. Estuvo dándome indicaciones precisas: debía caminar hacia allá, doblar aquí, seguir por allá. Me explicó que el barrio donde estábamos era muy tranquilo, pero me dirigía a uno más movidito.

—Ve con cuidado —me dijo antes de despedirse.

Tuve que caminar muchísimo para llegar a la comisaría. Estaba en un barrio oscuro y lleno de gente medio extraña. Algo había querido decir el hombre con lo de «movidito».

En el mostrador de la recepción encontré dos policías. Uno estaba con el teléfono en una oreja, mientras con la otra parecía querer escuchar a la mujer que tenía delante hablando sin parar. El otro levantó la vista al ver que yo me acercaba y me miró haciendo un gesto amable. Apoyé mis manos sobre el mostrador y respiré. Estaba agitada y nerviosa. Entonces empecé a contarle lo que me había sucedido. Él me escuchó sin interrumpirme. Una vez que cerré la boca, volvió a sonreír, pero esa vez noté algo de compasión en su gesto.

—Es una trampa —me dijo y continuó explicando.

Se trataba de una puesta en escena. El de la moto te pincha la goma en el semáforo, luego se para junto

a la ventanilla y te informa del problema que tienes. Se va y la escena pasa a la pareja del carro que está parado en la esquina con el objetivo de obligarte a que parquees en el único espacio que hay, que es el que ellos han dejado preparado. El televisor es escenografía, seguramente se trata sólo de la carcasa. Una vez que las víctimas han bajado de su carro, la pareja se encarga de entretenerlos. Él va con el otro «él» a mirar la goma. Ella inventa el cuento del móvil para que la otra «ella» baje la vista. Todos quedan de espaldas, porque ahí la escena pasa al tercer hombre que está escondido detrás del árbol junto al cual las víctimas han parqueado. Ese tercer hombre es quien va a robarse, lo más rápido que pueda, todo lo que encuentre a su alcance, generalmente teléfonos móviles, bolsos, aparatos de GPS, incluso computadoras si las víctimas han cometido el error de dejarlas en el asiento. Su papel es importantísimo, aunque el público nunca puede verlo.

—Lo siento —concluyó el policía—, todos los días aparece por aquí algún turista con la misma historia, hay bandas de ladrones que hacen este trabajo.

Durante unos segundos me quedé mirándolo sin saber qué decir. Él volvió a dedicarme su sonrisa compasiva antes de seguir hablando. Dijo que podía hacer la denuncia. Con eso mi bolso no iba a aparecer, pero al menos serviría para solicitar los duplicados de mis documentos. Por suerte, mi residencia temporal la había dejado en casa, yo sólo andaba con una fotocopia. Lo que sí acababa de perder era mi pasaporte, que

aunque no estaba vencido, le faltaba una actualización que pedía Cuba, aunque eso no se lo dije. Quiso saber si iba a bloquear mi tarjeta de crédito. Pero yo no tenía tarjeta de crédito. Entonces preguntó si quería telefonar a alguien. Y ahí, de repente, me di cuenta de que yo no me sabía de memoria el número de Javi, ni el de Raviel, ni el de ninguna de las personas que conocía en Madrid, ni siquiera de las de mi trabajo. A mi cabeza sólo vino claramente un teléfono: el de la casa de mis padres en Cuba. La combinación de números que más debo de haber marcado en toda mi vida. Al que me llamaron y yo llamé tantas veces. El que he tenido que escribir en cientos de documentos y cuestionarios desde que me lo aprendí. El número ombligo, número cordón umbilical, número semilla. El número que nunca ha cambiado en toda mi existencia.

Cuando el policía me preguntó si me sentía bien, lo miré y algo extraño debió de haber visto él porque enseguida dijo que mejor me sentara. Necesitaba calmarme. Iba a buscar un poco de agua para mí. Me acompañó hasta una de las sillas que había en la recepción y pidió que lo esperara.

A su regreso, bebí el agua de un tirón. Él quiso saber si recordaba dónde exactamente había dejado a mi novio, le había contado que estaba con mi novio. Pero lo único que yo recordaba era una calle normal, llena de edificios y árboles. ¿Y la dirección donde íbamos a pasar la noche? No la sabía. ¿Y la de algún conocido en Barcelona? Tampoco.



El policía suspiró diciendo que no me preocupara, seguramente mi novio iría a buscarme. Entretanto podía ir haciendo una lista con las cosas que llevaba en el bolso, para poner la denuncia. Dicho esto, sacó de su bolsillo un lápiz y una libreta de notas a la que le arrancó una hoja. Mientras los recibía, moví la cabeza afirmativamente. Él siguió con su intento de consuelo: lo importante era que no me hubieran hecho daño. Me sentí tan estúpida. Y que si los ladrones eran una plaga y la Policía no podía hacer mucho. Todo me parecía una imbecilidad, haberme echado a correr, no saber de memoria ningún número. Y el otro: que yo ni imaginaba la de historias que él veía a diario.

Unas personas entraron en la comisaría. Él dijo que tenía trabajo, que me quedara tranquila y aprovechara mi espera para ir escribiendo la lista. Volvió a decir que con eso no iba a recuperar nada, pero seguramente me ayudaría a calmarme un poco. Cuando empezó a alejarse, ya a mí se me había formado un nudo en la garganta.

Lo vi regresar a su puesto donde se puso a escuchar a los recién llegados con la misma atención que había tenido conmigo. El otro policía discutía al teléfono. Frente a él seguía la misma mujer, aunque ya no estaba hablando. Los miré durante un momento y entonces se me ocurrió que antes de ponerme a hacer la lista lo primero era revisar mis bolsillos para ver si llevaba encima algo que pudiera serme útil.

Rapidísimo me levanté. Tenía puesto un pantalón ancho de esos que tienen bolsillos arriba y en los laterales. En uno de los superiores sólo encontré un pañuelo de papel con marcas de maquillaje. En el otro tuve más suerte. Llevaba la cuenta de lo que había comido antes de salir de Llançà y el vuelto que me dieron: un billete de cinco euros, una moneda de dos, y sesenta y cinco centavos.

La noche anterior Javi y yo habíamos tenido la gran bronca. Por eso al día siguiente, que era el último, estuvimos separados. Javi se fue a comer con su familia. Yo pasé la mañana sola en una calita. Me duché y de ahí salí corriendo a un chiringuito donde piqué unas boberías para estar de regreso a la hora que nos íbamos. De lo que pagué me habían dado un vuelto que, para andar rápido, metí directamente en mi pantalón y ahí seguía. No era muchísimo, pero mejor que nada.

Continué registrando mis bolsillos. En uno de los laterales encontré un paquete de pañuelitos de papel, una entrada de teatro vieja para una función de danza y un caracol minúsculo. En el del otro lado había un pequeño bulto y pensé que sería la bolsita reutilizable. Tengo varias, de distintos colores, de ésas que se pliegan sobre sí mismas. Javi se burlaba de mí diciendo que yo solita salvaría al planeta con tantas bolsas y tanto reciclaje, pero ésa no fue una costumbre que cogí en Europa. Qué va. En Cuba tenía que andar siempre preparada porque nunca se sabe qué vamos a

poder comprar por la calle y hay que tener dónde llevarse lo que sea. Una bolsa es un arma para sobrevivir. El primer mundo reciclará por conciencia, el tercero lo hace por necesidad.

Metí la mano en mi bolsillo convencida de que ahí estaba la bolsita, sin embargo, lo que encontré fue otra cosa. Con sólo tocar supe que se trataba de la billetera del francés.